

## Batalla de Cerro Prieto.



NO de los hechos de armas memorables y que jamás se borrará de la memoria de los ciudadanos que tomaron parte en él, es el combate sangriento que se libró en las inmediaciones de Cerro Prieto, cerca de la estación de Pedernales y de los Ranchos de Santiago. Es quizás la primera batalla que tuvo lugar entre insurgentes y federales, en la que derrocharon valentía los caudillos serranos, cuyos actos heroicos no es posible referir; pero baste saber que pelearon uno contra diez y que lejos de rehuir el encuentro, esperaron con arrojo á la federación para librar batalla, sin parar mientes en que carecían de los elementos necesarios mientras que las tropas del gobierno tenían todo en abundancia.

El Jefe de las tropas federales era el General Juan J. Navarro, quien llevaba bajo sus órdenes más de mil soldados de todas las armas; Infantería, Caballería, Artillería y demás elementos de campaña. A los insurgentes les guiaba el esforzado campeón Francisco Salido y más que todo un valor á prueba de cañones, y un amor patrio digno de alabanza. El resto de los revolucionarios estaban ba-

LIBRERIA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA



jo las órdenes del heróico y valiente Pascual Orozco, hijo de la alma de la revolución y un hombre predestinado para realizar la gran obra de la redención de México en estos últimos tiempos, á quien respetaron siempre las balas enemigas; pues estuvo en todos los combates y siempre salió ileso, como si el mortífero plomo debiera conservar aquella existencia que estaba llamada á realizar proyectos inmortales.

Mucho se habló de la Batalla de Cerro Prieto, atribuyendo el triunfo completo á las tropas del Gobierno Dictatorial y cantando, en todos los tonos, una completa derrota para los revolucionarios; pero "hay derrotas que dignifican y triunfos que denigran." Peleaban como 300 insurgentes mal armados contra más de mil soldados federales, bien disciplinados y pertrechados, en tanto que el parque de los revolucionarios era escaso, y no se retiraron hasta que agotaron la munición y después de haber ocasionado más de cien bajas á los federales: de modo que no se puede afirmar que fué derrota completa la de los insurgentes, quienes perdieron como 30 hombres en aquella memorable jornada.

El encuentro se verificó entre los ranchos de Holguín y de Trevizo, el día 11 de diciembre á las diez de la mañana, día domingo.

El primero que entró en acción fué Francisco Salido con un puñado de valientes y cuando se retiraban por falta de parque y porque la fuerza numérica abrumadora de los federales los hacían desalojar sus posesiones, llegó el invicto caudillo Pascual Orozco con unos cuantos guerrilleros y comenzó de nuevo el combate, más sangriento, si cabe que el primero; pero también tuvo que retirarse cuando ya no tenía cartuchos para su rifle y veía en derredor

suyo á casi todos sus soldados tendidos por tierra y heridos.

Aprovecharon la oportunidad los federales para avanzar hasta las casas de Cerro Prieto y allí se entregaron al saqueo y al pillaje más desenfrenado que puede concebirse, matando á indefensos ciudadanos y cometiendo actos de salvajismo á ciencia y paciencia de sus Jefes, principalmente del Capitán Pulido quien presidió aquel inhumano sacrificio de víctimas inocentes. Quizá llevaban instrucciones de Navarro para asesinar vilmente á todos los que encontraran y éste llevaba esa consigna del tirano Presidente Díaz y del General Hernández, Jefe de la Zona; pero es lo cierto que saciaron sus instintos sanguinarios en los pacíficos vecinos de Cerro Prieto.

Las bajas de los federales fueron: el Capitán Primero del 13 Regimiento Juan Cuellar, el Teniente Ricardo Ocaña Villagrán, el Capitán 2.º Gustavo Guzmán, el Teniente Enrique Barrera y más de cien soldados de línea.

Las bajas de los insurgentes las referiremos después en el transcurso de esta relación.

Cuando las tropas llegaban á un lugar por donde tenían que pasar forzosamente, jadeantes, sudorosos, con un profundo silencio como pensando en la carnicería espantosa que se avecinaba, como un hato de ovejas conducidas al matadero con toda la impedimenta de mochilas, parque, el pesado fusil y su zarape, amén de otros aditamentos que cargan siempre, con el fusil al hombro y casi caído para atrás, el cuerpo meciéndose al andar porque estaba rendido por el cansancio, de repente se vieron tendidos por tierra y chorreando sangre los heridos: muchos murieron repentinamente. La descarga fué formidable,



## EPISODIOS

mortífera, esta se la hicieron los pronunciados desde ambos lados donde estaban parapetados.

La efusión de sangre, las convulsiones de los muertos al dar las últimas boqueadas y los ayes desgarradores de los moribundos junto con el estridente silbido de las balas que arrojaban los insurrectos y zumbaban al oído de los pobres soldados, sembró el terror en su ánimo y retrocedían como avalancha abrumadora arrollando en su huida ó precipitada fuga á los Jefes y Oficiales que pretendían detenerlos con desaforados gritos de mando que nadie escuchaba ni obedecía por lo pronto.

En tanto los pronunciados aprovechaban este desorden para cargar más recio, á los gritos de ¡Viva Madero! ¡muera Porfirio Díaz! ¡abajo el Gobierno!

El humo de la pólvora, el ruido de las descargas, los relinchos de los caballos, los sonidos de clarines y cornetas y el fragor de la batalla encendían la sangre de aquel puñado de valientes revolucionarios y les hacían batirse como leones sin importarles un ardite la muerte que veían en su derredor.

Hubo momentos en que envolvieron completamente á los soldados que no hallaban qué hacer ni oían á veces la voz de mando y luchaban cuerpo á cuerpo con una fiereza indescriptible; á esto se debe que algunos insurgentes cayeron prisioneros, porque no se sabía allí quienes eran unos y quienes eran otros por el ruido de los tiros, el humo de la pólvora y la lucha tenáz y porfiada en que se empeñaron todos.

Algunos insurgentes de los que caían heridos en las piernas y no podían huir, cuando llegaban los soldados gritaban con toda la fuerza de sus pulmones ¡viva la revolución! y morían atravesados por las bayonetas de los



*Revolucionarios descansando*



*R. González Garza, Garibaldi y otros cuando pasaron la  
línea divisoria*



soldados que sin compasión los mataban con cierto lujo de crueldad obedeciendo las órdenes de sus Jefes.

Dicen algunos testigos presenciales del horroroso desastre que ocurrió en Cerro Prieto, que ofrecía el campo un cuadro desgarrador durante la encarnizada lucha y después de aquel combate sangriento. La sangre corría por el suelo enrojeciendo la yerba con la que formaba un luctuoso contraste; charcos pequeños de "la humana sabia" humedecía la tierra y bien se puede asegurar que aquel campo fructificará abonado con sangre humana y despojos de seres racionales perpetuando la memoria de los vivientes que al pasar por aquellos contornos referirán á sus deudos y amigos: "aquí tuvo lugar una batalla entre los insurgentes de 1910 y las fuerzas federales."

Bien se puede decir que es una página escrita con sangre de víctimas sacrificadas á las ambiciones desmesuradas de los gobernantes modernos.

Muchos soldados disparaban sus armas al acaso hiriéndose unos á otros; unos se escondían en los arroyos, debajo de las piedras y detrás de los árboles: varios se tiraban en el suelo fingiéndose muertos, y algunos no querían pelear. En fin, que fué aquello una necatombe que formará época en los faustos de la historia contemporánea.

Los rayos del sol parecían tristes y opacos al reflejarse en los regueros de sangre que á borbotones manaban de las heridas de los combatientes y reflejaban horribles muecas de rostros lividos y macilentos en fuerza del dolor físico y moral producidos por los mortíferos plomos enemigos y los remordimientos de una conciencia manchada con crímenes ajenos más que propios ante la considera-



ción de una causa defendida por fuerza y que es á todas luces injusta é inicua.

La causa de los poderes constituidos, en fuerza de las armas, y que desea perpetuarse para eterno baldón de los opresores.

Aquellos pobres soldados convertidos en carne de cañón, y forzados á portar las armas en castigo de ciertas fechorías unos y otros por venganzas seniles de los caciques de los pueblos que por saciar sus odios les consignaron á las armas: esos pobres y desvalidos seres, son los sacrificados en aras de la injusticia. No es posible descubrir los gritos lastimeros que hendían los aires, y las invocaciones tardías que dejan escapar con ronco gemido de su traspasado pecho.

Los insurgentes, por otro lado que también sufrían, veían la muerte cerniéndose sobre sus cabezas, pero impávidos porque luchaban voluntariamente y si bien hacían los moribundos sus últimas recomendaciones á los amigos, quizás encargos de familia, no se puede traducir como una queja, sino actos espontáneos y naturales en semejantes casos extremos.

Los muertos federales fueron enterrados en una zanja "ad hoc" y los heridos los mandaron á Chihuahua: varios sucumbieron en el trayecto y otros morirían pronto porque las heridas eran graves y mortales.

Sobre la tumba de unos y otros debemos depositar nuestros recuerdos, amargos unos, de indignación otros y todos compasivos.

#### CONTRA LAS AMETRALLADORAS.

Un testigo presencial nos cuenta un hecho heroico de un insurgente, digno de esculpirse en mármoles y bronce, que revela un espíritu valiente y esforzado, un rasgo su-

blime que algunos podrían traducir por ignorancia y nosotros atribuimos á un valor á toda prueba, á una valentía nada común y propia de hombres de corazón grande y generoso.

Estaban en Cerro Prieto insurgentes y federales combatiendo, aquellos como leones y éstos un tanto sorprendidos por el empuje y bravura con que se batían los hijos de la libertad.

Ya habían caído muchos bajo la acción mortífera del plomo ó atravesados por la espada y bayonetas; de uno y otro lado había muertos y heridos, mudos testigos de una batalla sangrienta y fratricida; yacían tirados por tierra algunos valientes con el fusil humeante entre sus crispadas manos y murmurando sus labios lívidos, una plegaria acaso, ó tal vez una amenaza, un juramento ó promesa de venganza atroz con su enemigo.

El humo de la pólvora hendía la atmósfera que como asustada hacía esfuerzos prohibiendo correr al aire aquellas negras espirales que volvían á caer sobre la tierra por el peso de su densidad, y las mil bocas de cañones y fusiles suspendían paulatinamente sus formidables estruendos: uno que otro relincho de caballo repercutía en el espacio; eran las cabalgaduras de los combatientes muertos. A intervalos se oía un ruido estridente y continuo semejante al producido por varios cohetes unidos por una mecha, que van haciendo explosión alternativamente: eran disparos de ametralladoras enfiladas hacia el lado insurgente. Nadie lo hubiera creído ni nadie pudo evitarlo. Como movido por un resorte se destaca rápida como un relámpago la silueta de un hombre en brioso corcel cuya rienda obedece dócil la cabalgadura. Su sombrero ancho, pantalón ceñido y chaqueta corta delatan á un valiente



## EPISODIOS

ranchero que herido en su amor propio é impulsado por una fuerza interior y acaso irresistible, trata de vengar agravios. Con la cola enarbolada, piafando con orgullo y agujoneado por gruesa espuela, marcha veloz, aquella cabalgadura hacia el peligroso lugar donde arden enrojecidas máquinas de fuego que disparan sin interrupción barriendo el zacate que tenían delante. ¿Que pretenderá aquel esforzado caudillo? tal vez se equivocó y en vez de replegarse á las filas de sus compañeros camina por rumbo opuesto, ó quizás su brioso caballo no quiso obedecer la rienda y le obligó á ir al campo enemigo; pero no: porque con mano potente y vigorosa se le divisa, guiar, dominar y evolucionar á su corcel dirigiéndolo á galope tendido á donde estaba el punto peligroso; en una mano lleva la reata, en la otra las riendas: atraviesa las filas enemigas y sembrando el terror va arrollando á cuantos halla á su paso.

Los federales le disparan sus fusiles, otros se hacen á un lado impulsados por el instinto de conservación, y así corriendo por encima de hombres, fusiles, espadas y bayonetas, llega á donde está posada una ametralladora y larga su reata lazando hábilmente aquella máquina al mismo tiempo que da vuelta á su caballo y pica espuela; pero como es débil la reata y los defensores muchos, hubo de sucumbir aquel valiente regando con su sangre el suelo y pagando con su vida el hecho heroico digno por mil razones de gravarse en mármoles y bronces.

La ametralladora fué arrastrada á algunos metros, se descompuso alguna pieza y ya no pudo funcionar.

Nos dicen que los valientes lazadores de ametralladoras eran vecinos de Namiquipa.



Grupo de indios tarahumares con arcos y flechas.



Varios insurrectos en el campo.



En el Cuartel General de C. Guerrero, el día 5 de Diciembre de 1911, por acuerdo general de los señores Pascual Orozco, hijo, Rufino Loya, Francisco D. Salido, José de la Luz Blanco, Epifanio Cos, José Rascón y Tena, Pascual Orozco, padre, Manuel Chico, Herminio Mendoza, Rosé Rochín y los Jefes de San Andrés, se nombró al Sr. Francisco D. Salido como Jefe General de las fuerzas para dar el ataque al General Navarro.

El señor Salido inmediatamente mandó á sus Capitanes que se prepararan para la marcha, excepto al señor Orozco hijo, Orozco padre y don Manuel Chico, quien se quedó como Secretario particular del señor Orozco hijo. Estos señores se quedaron allí con el objeto de establecer las nuevas autoridades y organizar más tropas.

La fuerza quedó organizada de la manera siguiente: 1.ª Compañía al mando del Sr. José de la Luz Blanco con un número de 80 hombres; la 2.ª al mando del señor Epifanio Cos con 50 hombres; la 3.ª al mando del señor Rufino Loya con 50 hombres; la 4.ª al mando del señor José Rascón y Tena, con 46 hombres; la 5.ª al mando de señor Alberto Chacón y el Ing. Vázquez y Valdéz con 30 hombres, y además, un grupo de 24 hombres al mando del señor Miguel Estrada, habiéndose también convenido en que las fuerzas de San Andrés, mandadas por los señores Cástulo Herrera, Francisco Villa y Julio Corral se incorporaran al cuerpo con un número aproximado como de cien hombres.

Comenzó la marcha ese mismo día, con rumbo á los Ranchos de Santiago, arribando las tropas como á las seis de la tarde á Carpio y las Juntas, donde se encontraron



con las tropas de San Andrés. En este lugar se acordó nuevamente el ataque á la columna del General Navarro y de cuyo lugar marcharon en diversos grupos y diferentes caminos con objeto de investigar dónde se encontraba el enemigo y escoger las posiciones para atacarlo.

El día 6, después del arribo á los Ranchos de Santiago, se averiguó que el cuerpo de San Andrés, no se movió del lugar de partida y que el señor José de la Luz Blanco había tomado una ruta distinta á la convenida sin haber dado cuenta de sus actos.

En los Ranchos de Santiago demoraron las tropas los días 7 y 8, con objeto de esperar las fuerzas que restaban y tomar nuevos datos sobre el paradero del enemigo.

En este lugar, después de haber tenido una entrevista con algunos repórters extranjeros todos los Jefes, el Sr. José Rochín tomó la palabra, pronunciando una elocuente alocución, excitando al ejército al heroico cumplimiento de sus deberes.

El día 9 reanudaron las tropas su marcha, con rumbo á Pedernales, de cuyo lugar se le telegrafió al señor Orozco hijo, poniéndole en conocimiento el resultado de la marcha hasta aquel punto. En seguida se pasaron las tropas hasta el Rancho de Polanco, donde pernoctaron. De allí se devolvieron por Pedernales, llegando al Rancho del Nogal, donde recibieron la noticia de que el General Navarro se encontraba en los llanos de San Juan Bautista. Del mencionado Rancho del Nogal, el señor Jefe Salido comisionó al señor Rufino Loya para que fuera rumbo á Cerro Prieto á conseguir nuevas noticias del enemigo y hacerse de algunos elementos; también se llamó al señor Pascual Orozco, hijo, para que se incorporara al grueso de las tropas para el ataque á Navarro, quien rompió su mar-

cha desde Ciudad Guerrero á Pedernales, llegando ese mismo día.

Al paso del señor Orozco por Polanco, tuvo que reconquistar al señor Rascón y Tena, quien había suspendido su marcha por esperar al señor José de la Luz Blanco, entonces juntos prosiguieron su marcha el día 11 con dirección á Cerro Prieto.

Salido avanzó la noche del día 10 con dirección á Cerro Prieto; esta misma noche, el señor Rufino Loya, después de haber pasado por Cerro Prieto, en donde se hizo de las provisiones necesarias, avanzó hasta el Rancho de Juan Castillo, de donde mandó una avanzada con el objeto de que excudriñara exactamente en qué sitio se encontraba el enemigo. Dicha avanzada, después de caminar como algunos diez kilómetros, se encontró con algunos vigías del General Navarro que custodiaban por aquellos lugares. Prosiguieron éstos su marcha hasta que pudieron observar las fogatas que tenían los soldados del General Navarro.

De allí regresaron inmediatamente á dar cuenta de lo visto al señor Rufino Loya, que se hallaba descansando en el mismo lugar; al día siguiente prosiguió su marcha el señor Loya, á quien se le incorporaron algunos soldados del pueblo de Cerro Prieto y un grupo de nueve hombres al mando del señor Jesús María Mendoza, arribando á Cerro Prieto como á las nueve de la mañana, lugar donde se encontraba el señor Francisco D. Salido con el resto de la tropa, dándosele á este señor cuenta inmediata de lo ocurrido durante la noche. Como á una hora de estar allí, bajó uno de los vigías dando cuenta de que se movía la columna del General Navarro con rumbo al rancho de los Trevizo. Inmediatamente se prosiguió á encontrar al ene-



## EPISODIOS

migo, contando con un número de combatientes de 164, los cuales en seguida se fueron posesionando de unas pequeñas alturas que se encuentran al Oriente de Cerro Prieto. La situación de la tropa en combate fué la que sigue: El señor Francisco D. Salido, tomó la vanguardia en compañía de los señores Alberto Chacón, Ignacio Valenzuela, José G. Rochín y algunos otros soldados, pasando las alturas hasta una cerca de piedra que está al otro lado de la loma; á la derecha del señor Salido, como por media falda de la montaña se situaron los señores Epifanio Cos y José Ornelas, distribuyendo su gente sobre la derecha; en el puerto se colocó el señor Ing. Vázquez y Valdéz, que vino á quedar á la retaguardia del señor Salido; y á la izquierda, ó sea al Norte del Puerto, se posesionó el señor Loya y el Sr. Estrada, cubriendo así la cordillerita que aproximadamente corre de Norte á Sur y al Oriente de Cerro Prieto. Mientras que estos señores se parapetaban convenientemente, el General Navarro marchaba en paralelo de la cordillerita, más al Oriente todavía.

Una vez que el General Navarro cubrió toda la línea, se rompió el fuego por la parte Sur, haciendo así que éste no pudiera retroceder, siguiendo el fuego simultáneamente toda la línea, por cuyo motivo entró en desorden la columna del General Navarro; después de algunos minutos se organizó de nuevo, contestando al fuego, haciéndose un combate general. Después de varias horas de una faena muy reñida, lanzó el General Navarro una columna de infantería, que fué replegándose al pié de la cordillera, con objeto de desalojar á los insurrectos que se encontraban en aquellas posesiones, de cuyo movimiento ninguno de los enemigos asechados se dió cuenta, por lo nutrido



*Insurrectos atrincherados*

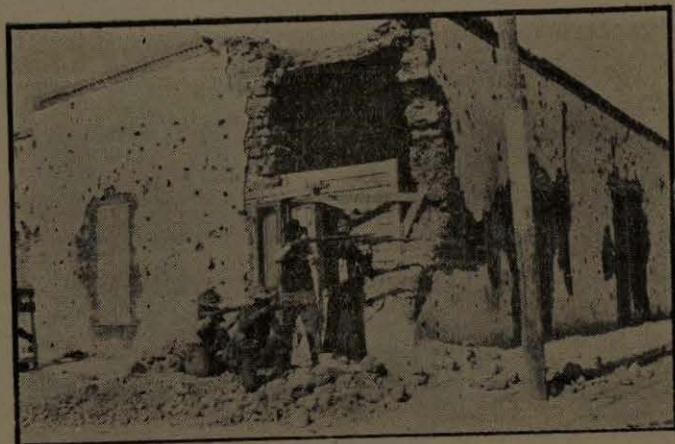


*Pascual Orozco, padre, en una calle de El Paso*





Garibaldi, Eduardo Hay, Hernández y otros insurrectos.



Casa destruida por los cañonazos y balas de los federales.

ALFONSO GARCÍA  
MARTÍNEZ